

25. EL DRACMA

"En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: «Ése acoge a los pecadores y come con ellos»

Jesús les dijo esta parábola:... « Y si una mujer tiene diez monedas y se le pierde una, ¿no enciende una lámpara y barre la casa y busca con cuidado, hasta que la encuentra? (Lc 15,1-32).

El evangelio según San Lucas narra, de modo sublime, el misterio insondable de la bondad infinita de Dios, Padre, en estas tres parábolas de la misericordia, perlas de las parábolas: La oveja perdida, el dracma y el hijo pródigo. Ponen la mirada en el valor de la conversión y la reconciliación del hombre con un Dios, que "no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva" (Ez 18,23).

Esta parábola de la moneda perdida es propia de San Lucas y tiene la misma lección que la anterior. El dracma era y es la unidad monetaria griega, en aquel ambiente tenía un valor equivalente al denario. En esta parábola, Jesucristo tiene la misma finalidad de exponer la solicitud y el gozo de Dios por la conversión de un pecador. La descripción es viva y minuciosa. La mujer barre y revuelve todo para encontrarla; en las casas pobres el suelo era de tierra pisada. La alegría de esta pobre mujer al encontrar aquella moneda, algo tan apreciado para ella, es tan grande que convoca al vecindario, le comunica todo el proceso de búsqueda y su gran satisfacción y le pide que la feliciten y se alegren con ella.

De este mismo modo, habrá alegría "entre los ángeles de Dios" por un pecador que se convierta; esta expresión "los ángeles de Dios" es una forma sinónima de "la alegría que hay en cielo" en la parábola de la oveja perdida. El pecador convertido pertenece a la familia del cielo y hay inmenso gozo cuando este pecador vuelve a esa familia celestial.

El amor misericordioso y constante de Dios busca lo perdido y se alegra cuando lo encuentra, Dios hace que el pecador arrepentido y convertido recupere la tranquilidad y esa imagen suya deformada por la acción del pecado (Col 3,10) y llegue a ser su hijo adoptivo (Gál 4,4); pero no se vaya a creer que Jesucristo no tiene en cuenta el pecado del hombre, también pide, como los profetas, la conversión, y en ese sentido vemos que se insiste en la conclusión de la parábola anterior (Lc 15,7). Al respecto dice Santa Teresa de Jesús: "Acuérdense de sus palabras, y miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle, que su Majestad de dejar de perdonarme. Nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias; no nos cansemos nosotros de recibir. Sea bendito por siempre, amén y alábenle todas las cosas" (Libro de la Vida 19,15).

Mientras los fariseos y maestros de la ley se mantienen a distancia de los pecadores por fidelidad a la Ley (Ex 23,1; Sal 1,1; 26,5), estos -gentes que no se preocupaban de la pureza «legal» farisaica- acudían a Cristo para oírlo. Por esto, los fariseos y escribas censuran que come y acoge a los pecadores. Las tres parábolas responden a esta acusación. Originariamente, son la respuesta de Cristo a las críticas farisaicas ante la admisión de «pecadores» en el reino. Jesucristo de forma indirecta, argumenta, que su conducta refleja la acción amorosa de Dios mismo. Al "excluirme a mí renunciáis al Dios Verdadero". Jesús se manifiesta testigo excepcional del amor de Dios; el amor es característica de Dios, no puede dejar de amar y manifestar su misericordia constantemente y busca siempre al pecador, para que se arrepienta y vuelva al seno paterno.

Lo que los maestros de la ley le critican no es que hable del perdón al pecador arrepentido, ya muchos textos del Antiguo Testamento hablaban del perdón divino, lo que sorprende radicalmente es la conducta de Jesús, que, en lugar de condenar, como Jonás o Juan Bautista, o exigir sacrificios rituales, para la purificación, como los sacerdotes, come y bebe con los pecadores, los acoge y les

abre gratuitamente un horizonte nuevo de vida y de esperanza. Les muestra que el amor y la misericordia de Dios esperan con ansia y paciencia todos los días al pecador arrepentido. Esta es la tesis que inculcan estas parábolas; su objetivo primario reside en ilustrar la raíz profunda de la misericordia de un Dios que Jesucristo manifiesta y llama "Padre".

Camilo Valverde Mudarra